

No son muchas las grandes exposiciones a las que se tiene la suerte de asistir en Canarias, más aún si no pretenden participar en la feria de la banalidad tan extendida en estas horas. O para decirlo de otra manera: algunas exposiciones son verdaderos acontecimientos porque no han perdido cierta intimidad, cierto carácter reservado, cierto apartamiento. En estos últimos meses se ha venido a mostrar que, todavía, es posible dejar a la vista objetos, fotografías, piezas pintadas, que pueden ser fascinantes si estamos dispuestos a comprender el lenguaje de los otros, de aquellos que son capaces de expresar algo que no pertenece a nuestras preocupaciones cotidianas. Canarias, sin embargo, en estas pocas cosas se permite lujos que sólo tienen lugar en las grandes ciudades. Recientemente, una exposición de José Herrera en Santa Cruz de Tenerife ponía al descubierto que la intimidad y la concentración en el ejercicio del arte depara auténticos milagros: tres esculturas que conmueven aquí y que pueden fascinarnos en cualquier lugar del mundo. Algunos meses antes, el Museo de Antropología de Tenerife, situado en un lugar apartado, enseñaba que el pasado y el presente guardan relaciones siempre cambiantes y que el patrimonio, la historia y la mirada del visitante pueden ser sometidos a crítica. Y esto en un museo del que se espera que sólo cuelgue cosas muertas y mistificadas. El Museo de Antropología, por el contrario, articulaba un discurso con unas instalaciones y unos objetos que hacían saltar por los aires toda mirada apacible y acomodaticia. ¿Por qué sólo se conservan cosas que tienen que ver con la mirada? ¿Y todo lo otro que nos ha constituido, sensaciones, recuerdos, sentidos? Resulta raro que un Museo dependiente de una institución —en este caso, del Cabildo Insular de Tenerife— fuera capaz de tal ejercicio de saneamiento crítico. Todo un ejemplo.

Pero la exposición íntima, singular, a la que quiero dedicar estos párrafos tiene lugar en Lanzarote y en la Fundación César Manrique. Se trata de una exposición de fotografías hechas por el norteamericano Thomas Joshua Cooper, nacido en San Francisco, en 1946. Se trata de paisajes realizados en blanco y negro. Fernando Aguile-

ra, el director de la Fundación, se permite lujos prohibidos para quienes dependen de políticos asediados por la urgencia electoral y por intereses más o menos inmediatos. Tiene además información y una capacidad crítica que distingue —cosa bien rara en los tiempos que hoy vuelan— lo que tiene aliento vital y poético de aquello otro que se incrusta, cada día, como tantas cosas, en el basurero de la ambición o de la actualidad. La Fundación César Manrique invitó a Cooper para que realizara en Canarias una serie de fotografías que tuviesen que ver con sus propias investigaciones, esto es, para que persistiera en la obsesiva búsqueda de unas fronteras que siempre tienen en el agua y el mar un horizonte que interroga, que surgen como *telos*, como fin que recomienza a cada paso, desde Irlanda a Groenlandia, desde Canarias a las islas del Pacífico.

Cooper aceptó la invitación. Y realizó numerosas fotografías en los dos extremos de Canarias, en la isla de El Hierro, en la isla menos maltratada por ahora, y en Lanzarote, la isla golpeada por el constante sonido de las malditas picas y por la amenaza de las plataformas petrolíferas. Antes, Cooper, para completar el proyecto de su visión desde Canarias, ha tirado fotos en Madeira y en Finisterre. El americano sigue así un itinerario preciso, propio, que le lleva por lugares que han sido alguna vez fronteras en el avance de Oriente a Occidente, y que han tenido cerca, como una obsesión, el mar, el oleaje, el horizonte marino.

¿Qué hace que esta exposición se presente con todos los rasgos de la singularidad incluso para aquellos que tenemos cotidianamente el mismo paisaje ante los ojos? Justamente esto. El americano es capaz de observar esta presencia cotidiana y subvertir la mirada, de tal modo que sobre la superficie del papel surgen paisajes de súbito detenidos, que se cruzan en un movimiento rítmico, cíclico, entre el principio y el fin, entre el alba y el atardecer, como si la imagen sólo formara parte de un movimiento armónico, de una música presentida. La magia cotidiana, junto al mar, se revela entonces como una invitación al enigma. Sobre el agua por el que han cruzado marinos y emigrantes que dejan atrás las espirales de la memoria hasta sentirse de golpe en *otra realidad*, se halla la captura de

un instante que *sólo es* en la medida en que suena el ciclo entero de un mundo, visible e invisible a la vez, y de una sucesión de sombras y de luces que revelan tanto como encubren.

Thomas Joshua Cooper, de la misma forma que en las épocas en que los mapas antiguos fijaban el espacio y dejaban traslucir más allá de los signos un trasmundo, otro país de bienaventurados, una isla de San Brandán, y los mismos infiernos, se informa hoy en atlas y en cartografías, y visita los lugares, ve su extremada naturaleza, recrea su imagen mientras se planta junto al mar. Es el instante en que la magia de lo cotidiano puede devenir una radical invitación al enigma. Porta luego la cámara, la lleva al sitio cuidadosamente elegido, espera durante horas sobre las rocas o con el mar hasta la cintura. Y la naturaleza comienza a hablar en su discurso, con sus súbitos cambios de luz, con sus reflejos, con sus torbellinos o con las olas que se curvan repetidamente mientras caen y golpean. *Voilà*, el milagro siempre es posible si se tiene la suficiente calma para esperar el acontecimiento, ese *événement* que, frente al clamor de lo falseado por la sociedad contemporánea, siempre es un instante de privilegio, desde el apartamiento, desde la experiencia genuinamente personal. No es entonces lo que surge y es atrapado por el objetivo una imagen conquistada, algo dominado por la técnica o por la voluntad más o menos enfermiza en su afán de ejercer la hegemonía sobre la naturaleza. No hay voluntad de poder aquí, tan sólo espera y en esta espera el sujeto mismo, éste que observa y atiende los destellos o las variaciones de la luz, puede dejar atrás su conocimiento, puede permanecer inmóvil una eternidad, en la eternidad de la visión, sin tener que volver la espalda y retornar a los parientes, a la ciudad, allí donde tiene lugar el destino histórico y la barbarie de un *logos* enloquecido. Aquí también es ejemplar el ejercicio poético del norteamericano.

El fotógrafo va y viene, viaja, se desplaza de un lugar a otro del mundo, a veces se encuentra con paisajes sorprendentes y con gentes de interés. Ha aprendido a imaginar en los mapas y en la historia el *salto más allá* de Occidente, algo que estaba en el origen y en el fin del hombre y que se ha trivializado y tecnificado

hasta el delirio en el avance racional y tecnocrático de Occidente. Y así va a aquella antesala del espíritu donde aproximarse al paisaje presentido no significa todavía convertirlo en el patio familiar. Entre los relatos históricos y la mirada de la infancia se detiene en evocar aventuras. Alguien, un sujeto, un fotógrafo, se acerca al mar, mide las distancias y el plano que pueden entrar en el objetivo, extrae una composición y un enigma. Y así nos conduce allí donde estuvimos alguna vez antes de que las picas y los automóviles, la *mobil* y otros móviles hicieran inaudibles el ruido del mar y el misterioso aliento de la vida.

En efecto, latidos de la luz entre el principio y el fin, las fotografías dan cuenta del movimiento mismo del misterio. Nada hay aquí que no sea el súbito raptó de la imagen, en ese instante, *inframince* —«ultrarrápido» dirá un artista contemporáneo—, que puede durar unos segundos con la cámara en exposición, o apenas nada. Entretanto, todo se observa desde el borde de la tierra. Y se mira hacia el mar y se percibe, con cierta melancolía, el eco del enigma que puso alguna vez freno al enfriamiento del corazón. Sí, por ahí avanzaron los antepasados hacia los mundos, por ahí traspasaron lo conocido para entrar en el reino de lo desconocido y en el reino de los sueños, en un reino que al paso de los años vendría a ser saqueado por el lado más siniestro del deseo humano.

No hay personas en estas fotografías, sólo paisajes que, después de volverse representaciones, ponen en olvido su artificio y en un movimiento musical, de refracciones, de contrastes y de diálogos intensos entre las diversas formas, remiten al comienzo. El mar o las olas que rompen y retroceden entre las rocas son el territorio de quien observa con nuestros ojos o con los ojos ocultos del monje de Caspar David Friedrich. Todo, como ha indicado el autor, está a la altura del corazón, capaz de dejar grabado en el interior la poderosa huella de los enigmas, que son sobre todo los secretos de quienes tienen la paciencia de detenerse a contemplar lo humano junto a aquello que le excede, junto a un vasto territorio que es físico, pero también poético, metafísico y religioso.

El individuo deja paso entonces a cierto vacío, a cierta oquedad, a cierto silencio que

nacen de su misma entraña. El sujeto se desata de las cadenas que le llevan a encadenar al mundo y a sí mismo. Y se instala en una zona única de privilegio, se hace, por así decir, fronterizo. No tiene la urgencia de correr hacia el horizonte ni arrancarle las últimas máscaras a ese *telos*, a ese fin, que aparece en la lejanía. No necesita tampoco adentrarse por las galerías de sus propias obsesiones, de sus quimeras y de sus laberintos. La realidad está ahí, densa y ligera, como la niebla o como un astro. El sujeto, éste que deja abrir el diafragma o éste que mira ahora los paisajes de Cooper, ha tenido paciencia, una paciencia casi *zen*. Ninguna razón le espera en la ciudad, allá, a sus espaldas, en los centros y ombligos del mundo. La naturaleza fronteriza es aquí radical. Cooper viene después de que el largo arco de la modernidad dejara en el aire todos sus dardos y después también de que toda la ponzoña del progreso diera en la diana de la deshumanización. El vértigo de este ser fronterizo no es entonces el mismo que pudieron sentir Caspar David Friedrich y los románticos. Thomas Joshua Cooper se acerca, como el monje, al borde del mar, y sabe que en su elección hay una contenida respuesta a la proliferación de paraísos artificiales y a la banalidad de la que somos simple alimento. Sí, podemos ser uno-de-tantos pero todavía, en la época en que la barbarie ha puesto espejos en todas las esquinas

y en que el mundo se ha convertido en un mediocre patio, podemos advertir que allá, a lo lejos, y en el fondo de nosotros mismos, el universo es ¡todavía! inmenso. Las fronteras son los lugares por los que todavía es posible una intensa comunicación con los otros y con lo otro, con los lugares en los que habita la bienaventuranza o los infiernos, esto que nos constituye desde el origen.

Al dar la espalda al gregarismo y a la *civitas dei* que han imaginado la tecnología y sus burócratas e ideólogos, el fotógrafo nos conduce allí donde se afirma que en la individualidad hay alguna salida para no ser aplastados por todo eso que no sólo nos ha convertido en uno-de-tantos sino que además quiere que seamos su alimento tecnofágico. La niebla, la noche, el alba o la puesta de sol, los extremos, están aquí todavía presentes. El mediodía de la intelección y de la soberbia humana están por fin ausentes. El mar, el río, la vida forman aún parte de un movimiento armónico, de una música presentida. Podemos ver todavía el paisaje sin tropezarnos con plataformas petrolíferas que erigen políticos inmundos y podemos verlo mientras el alquitrán no llega a nuestros pies. Cooper, desde este tiempo tecnológico, se atreve a despertar, ¡aún!, el sueño de la vida.

NILO PALENZUELA

